

## BLOQUEO

Germà Bel

(Publicado en *La Vanguardia*, 25 de febrero de 2014)

Las opiniones catalanas sobre aspectos políticos y económicos del proceso soberanista son diversas, pero un factor genera gran consenso: No procede proponer desde aquí una reforma del Estado. Es el efecto retardado -e ineludible- del colapso de los dos modelos de relación del sistema político catalán con el Estado: el ‘peix al cove’, difunto a finales de los 1990s, y la transformación federal, que desde hace casi una década duerme el sueño de los justos. Es lógico que lo vean así quienes desean un Estado nuevo por creer irreformable el actual, y también quienes están satisfechos con el actual. Pero es muy llamativo que los más notables proponentes de la ‘tercera vía’ sean tan explícitos al sostener que la propuesta de reforma debe proceder de las instituciones estatales, para tener alguna credibilidad. Y es pasmosa la naturalidad con que la sociedad catalana vive el colapso de una tradición acrisolada durante un siglo y medio (con lapsos dictatoriales) de propuestas catalanas de reforma del Estado.

Las instituciones estatales no dirigirán a Cataluña una propuesta de reforma. Primero, porque es algo en lo que no tienen experiencia; esas instituciones siempre han actuado de forma reactiva, a demandas de parte. Segundo, porque formular una propuesta a Cataluña supondría reconocer de hecho su realidad institucional, vulnerando el principio nuclear de la construcción nacional española: la identidad entre Estado y nación (nacionalismo en estado puro; inodoro, pero muy abrasivo). Por eso, todo cambio debe sujetarse al requisito de generalización, consustancial al principio de uniformidad. Por último, incluso en este terreno, y en sentido práctico, no se ofrecerán cambios –ni menores- sin la certeza de que éstos vayan a ser aceptados en Cataluña. Y un dato crucial del contexto es que las élites políticas y económicas locales convencionales han perdido la capacidad de garantizar una aceptación mayoritaria de los catalanes. Falta de jerarquía y verticalidad; algo que las élites centrales no pueden ni entender, pues no está en su mapa mental.

Las instituciones centrales desearían que ‘los catalanes digan ya qué quieren’. Gráficamente: presentación en ventanilla del listado de peticiones, y pertinente registro de entrada. Tras el oportuno período de análisis, la espera culminaría con un listado aceptable -lo que se pueda generalizar-, y otro listado desechable -lo que nadie más quiere pero todos pedirían si se ‘concede’ a Cataluña-. El cierre del proceso acaecería al cabo de un tiempo, cuando algunas materias ‘aceptables’ decaerían por “el gran lío” que supondría ponerlas en práctica. Otro malentendido más. *Un déjà vu.*

Pero la única demanda expresada por el Parlamento catalán es la única que ni quiere ni pedirá nadie –nadie- más: la autorización de una consulta para que los catalanes digan si quieren o no crear un nuevo Estado. El problema, visto desde fuera, lo ha expresado de forma gráfica Felipe González: si esa voluntad “se pronuncia, entonces es cuando hay un callejón sin salida”. Ahí reside el bloqueo: los ciudadanos no deben pronunciarse; como si fuesen súbditos. Y de este bloqueo no hay salida si no cambian los parámetros de la situación.